

ce todos los matices, desde el del canadiense claramente rubio hasta el tinte amarillo-oscuro del indio. A pesar de la barrera que nos separa de sus costumbres y usos nacionales, la raza judía, como todas las demás, viene experimentando la influencia del medio. En la provincia de Cochín, hállanse dos clases ó comuniones judías muy distintas entre sí; la de los judíos negros, de origen portugués, y la de los judíos relativamente blancos, de origen alemán.

A consecuencia de las guerras de 1641 y 1669, dos grandes colonias irlandesas fueron arrojadas, la una hácia la región montañesa, al este de la baronía de Flows hasta el mar; la otra hácia los condados de Lestrem, Hugo y Mayo (Cornnaught). Pues bien, este último de pequeña estatura, de abdómen abultado, patizambo y de facciones monstruosas, recuerda los pueblos más miserables de la Nueva-Holanda, al paso que en todo el resto de la isla, allí donde la población no ha sufrido las influencias de esas causas de degradación, no han cesado de encontrarse los más acabados modelos de belleza y de vigor físico y moral.

Cierto es, pues, que la influencia del medio ejérese lo mismo sobre el hombre que sobre los animales, y que así en nosotros como en estos, ella hace aparecer y desarrollarse, en primer lugar algunas variedades, y luego algunas razas nuevas. No lo es en cuanto á las anomalías de caracteres patológicos, como aquellas erupciones epidérmicas, que hicieron dar á la familia de Eduardo Lambert el nombre de hombre puerco-espín, y la polidactylia de la familia Colburn, que tienden algunas veces á convertirse en afecciones de razas por herencia.

Nuestro globo ha ido poblándose por medio de emigraciones sucesivas; el hombre que hizo su aparición sobre un punto único se ha ido multiplicando. Caido en el estado salvaje ó semi-salvaje, no podia dejar de sufrir el influjo de las nuevas condiciones de existencia que se imponian á sus propias fuerzas, y que eran acaso mucho más riguro-

rosas que no son hoy. ¿Quién no echa de ver las consecuencias de ese contraste entre la debilidad del hombre y la violencia de los medios? Algunas razas nuevas debieron de producirse con suma rapidez, con unos caracteres mucho más marcados que los de las razas cuya formación efectuóse en unos medios relativamente pacíficos, y que no se remonta más allá de dos ó tres siglos.

No carecerá de interés que hagamos notar aquí, que si algunos poligenistas niegan la influencia de los medios, otros por el contrario la exageran hasta el punto de declarar con Knox, que el hombre no es de ningún modo cosmopolita, que sólo puede vivir allí donde apareció por vez primera, que la extinción de los canadienses y yankees se halla muy próxima, etc., etc.

Recordemos, en conclusion, que las modificaciones son todavía más rápidas y profundas, cuando la acción del cruzamiento viene á juntarse á la del medio. Un viajero muy sabio, M. de Khanikoff, llamaba la atención de la Academia de ciencias sobre el hecho siguiente: «En 1817 algunos centenares de familias fueron á establecerse en el Cáucaso, en Georgia. Estos primeros colonos eran unos hombres de una fealdad poco común. La conformación de sus cuerpos era defectuosa, sus rostros eran anchos y cuadrados, el cabello rubio ó rojo y los ojos de un azul muy oscuro. Dichos caracteres principiaron por desaparecer ya en los individuos de la segunda generación; en cuanto á la tercera generación, casi todos los jóvenes tienen los ojos y el cabello negros, la talla esbelta, etc., etc.» La influencia de los medios explica, pues, sobradamente las diferencias que existen entre las razas humanas, sin que sea posible hacer de esas diferencias un argumento contra la unidad de la especie.

LAS RAZAS HUMANAS ¿SON FECUNDAS Ó INFECUNDAS EN SUS CRUZAMIENTOS? ¿SON MESTIZAS Ó HÍBRIDAS?

Las cuestiones formuladas en estos términos no son otras en sustancia que la cuestión de unidad de especie, y tienen su solución evidente en el hecho ostensible de la fecundidad continua é indefinida de todas las razas humanas, salvo ciertas excepciones, debidas á algunas circunstancias de lugar ó de clima.

M. Maury, en el lugar ya citado, ha resumido admirablemente el asunto. «Un hecho, dice, parece decidir la cuestión en favor de la opinión que no ve en las diferentes razas humanas más que algunas variedades y no algunas especies, y es que las especies diferentes, por medio de las mezclas ó cruzamientos, no producen más que mulos, es decir mestizos (híbridos), que acaban por ser estériles al cabo de cierto número de generaciones (ó vuelven á uno de los dos tipos primitivos). Esto se ha observado especialmente respecto de las diferentes especies del género *equus* (el caballo, el asno, la hemiona y el daw), y en las especies tan inmediatas al chacal y al perro. Pues bien, nada de parecido nótese en las razas humanas. Todas las razas cruzadas son más ó menos fecundas; y si algunas veces háse observado en los cruzamientos de las razas mulatas algunas uniones más habitualmente infecundas ó algunos vástagos muy débiles, no hay en ello nada que no sea idéntico á lo que acontece respecto del cruzamiento de ciertas razas que no son incontestablemente más que variedades en cierto modo ficticias de una misma especie. La estremada multiplicidad de las razas de perros, que se cruzan sin embargo todas ellas entre sí, no parece ser más un hecho primordial que las variedades de las razas humanas. Todo nos induce á suponer que los perros, lo mismo que los hombres, constituyen una sola especie, dado que sus cruzamientos no producen mulos.»

M. Broca mismo admite sin vacilar (1) que la lucha entre el monogenismo y el poligenismo hállase completamente zanjada por el hecho de la fecundidad regular y continua de los cruzamientos entre las razas humanas, y (pág. 657) formula en estos términos el silogismo que los monogenistas declaran, según él, irresistible. «Proposición mayor: todos los animales capaces de engendrar una posteridad engénésica (reproducción continua é indefinida de un tipo fijo) son de la misma especie; Proposición menor: es así que todos los cruzamientos humanos son engénésicos (reproducción continua é indefinida); Conclusión: luego todos los hombres son de la misma especie.» El argumento hállase perfectamente en regla; para refutarlo preciso era negar sea la mayor, sea la menor. M. Broca principia por la mayor.

¿Es verdad que solo los animales de una misma especie pueden producir una posteridad del todo fecunda? Pregúntase á sí mismo dicho señor, y él cree haber demostrado que los cruzamientos de animales de especies incontestablemente diferentes, tales como los lobos, las cabras y los carneros, los camellos y los dromedarios, las liebres y los conejos, etc., etc., dan lugar á ciertos mestizos (llamados híbridos engénésicos, es decir, perfecta é indefinidamente fecundos entre sí. M. Broca lo afirma, apoyando su afirmación en algunos casos de hibrididad; mas el hombre más competente en las cuestiones de razas domésticas, M. Andrés Sanson, en los Principios generales de la zootecnia (Paris, librería de la Casa rústica, página 232), declaró que: «Todos esos hechos se refieren á algunos híbridos de primera generacion; que no hay un solo ejemplo au-

(1) M. Pouchet es más ingénuo en esta parte que M. Broca, bien que sea más osado. Dicho señor dice, pág. 140: «No nos tomemos la molestia de contestar... la universalidad de reproducción entre todas las especies de hombres...; admitamos que todas las razas humanas produzcan las unas con las otras... La reproducción no es más que una función, un carácter fisiológico muy impropio para las clasificaciones...» ¡Qué herejía! Por confesión de todos, la reproducción es el carácter esencial de la especie.

tético de uniones fecundas entre individuos de órdenes diversas, bien que esas uniones se hayan efectuado algunas veces.» Eso no es más que la negación, en términos generales, de la afirmación de M. Broca.

M. Sanson no se contenta aun con ello; hace suyas, respecto de dichos casos particulares, las conclusiones de Buffon, Federico Cuvier, Flourens y otros.

Perro y lobo.—«Buffon hizo sobre la reproducción del perro y del lobo una série de experimentos. Jamás pudo pasar de la tercera generación. Federico Cuvier, que fué durante treinta años director de la colección de fieras del Jardín de Plantas, tampoco pudo ir más lejos; yo mismo no he podido alcanzar más.» (Flourens, *Exámen del libro de Darwin*, pág. 107.)

Chacal y perro.—«Cuatro generaciones me han bastado para volver á obtener uno de los tipos, y cuatro generaciones me bastan asimismo para obtener de nuevo el otro tipo, el tipo chacal.» (*Ibidem*, pág. 110.)

Cabra y carnero.—La existencia del híbrido, de la cabra y del morueco, de la oveja y del macho cabrío, no parece que pueda ser puesta en duda. Este último híbrido, llamado *Chabin*, es en Chile el objeto de una industria ó comercio regular. Su piel, conocida bajo el nombre de *pellon*, es muy estimada. M. Broca mismo lo reconoce así en sus *Investigaciones sobre la hibrididad*, pág. 553: «Al cabo de tres ó cuatro generaciones, dice, los descendientes directos del *chabin* de segunda sangre, sufren una modificación que disminuye su valor comercial; su pelo vuélvese más grosero y duro, aproximándose por consiguiente al de las cabras...; y si se quiere devolver á las generaciones siguientes la flexibilidad y finura de pelo, es menester cruzar á las hembras de segunda sangre con los machos de primera sangre... Así se obtiene un híbrido más lejano, por la sangre, de la oveja que su madre, que posee una lana más sencilla y más suave, cuya superioridad permanece despues durante muchas generaciones.» De tales hechos no se desprende ciertamente,

observa M. Sanson, página 250, que los *chabins* se hallen dotados de una fecundidad indefinida, como quisiera M. Broca, puesto que en la ciencia no existe hecho alguno comprobado que demuestre que la fecundidad de híbrido alguno se haya extendido más allá de la cuarta generación, pudiendo considerarse ya como una ley para siempre reconocida la vuelta infalible de híbrido á una ú otra de las especies que concurren á formarlos. El *chabin* vuelve á la cabra.

Liebre y conejo.—Si hemos de dar crédito á M. Broca, y ese es su gran caballo de batalla, M. Alfredo Roux de Angulema dotó á la economía pública de una nueva especie, intermediaria entre dichas dos especies del género *lepus*; en la época en que dicho señor escribía (1857), los *leporidos* habían producido ya de seis á siete generaciones y constituían una especulación agrícola asaz lucrativa. «En el decurso del mismo año, M. Roux vendió más de un millar de ellos en el mercado de Angulema.» Esta vez, M. Sanson no vacila ya en decir que el sabio doctor, tan seguro de sí mismo, fué víctima de una mistificación científica. Por una parte, y para salir de su aprieto, M. Roux vióse obligado á confesar que el cruzamiento de la liebre con el conejo hembra, sobre el cual había dado M. Broca algunos detalles minuciosos y circunstanciados, no era obra suya, sino de la madre, y por otra parte, los pretendidos *leporidos* á los cuales M. Broca había dado el bautismo, y M. Gayot (el antiguo director de las yeguerías) la confirmación, son hoy día considerados por todos aquellos que los han visto y comido de ellos, como unos simples conejos (*lepus cuniculus*), habiendo el híbrido al cabo de algunas generaciones vuelto al tipo conejo...

En una memoria presentada á la Academia de ciencias el 22 de abril de 1872, M. Sanson afirmaba, como resultado de un estudio definitivo, que el pretendido tipo específico denominado *leporido*, que resulta del cruzamiento de la liebre con el conejo, no existe absolutamente

te, y que los individuos nacidos de dicho cruzamiento son simplemente unos híbridos, los cuales, al cabo de cierto espacio de tiempo, vuelven á una ú otra de las dos especies, la mayor parte de ellos á la especie conejo.

*Lo que hay, pues, de cierto en ello es que ningún hecho digno de crédito ó atestiguado, ha venido á probarlos la realidad de la eugenesia, es decir, la reproducción continua é indefinida de los híbridos engendrados por el cruzamiento entre dos especies diferentes. Puede haber reproducción regular y continua, mas no por reproducción de un tipo distinto. Al cabo de dos ó tres generaciones, no son ya los híbridos los que se perpetúan, sino las especies primitivas reconstituidas. (Sansón, *ibidem*, pág. 262 y siguientes.)*

Consiguemos aquí, pues, con M. Sansón, que la ley de la reversion ó de la vuelta de los híbridos, resalta del modo más patente de los experimentos tan notables y proseguidos con tanto ahínco de M. Naudin sobre los vegetales. Dichos experimentos prueban hasta la evidencia, que la hibrididad, esto es, el cruzamiento entre dos especies, aun inmediatas, no puede ser en el reino vegetal lo mismo sin duda alguna que en el reino animal, origen de una especie nueva.

Cuando merced á una observación más detenida y profunda, indágase la causa de la esterilidad ó de la infecundidad relativa de los híbridos (1), sea vegetales, sea animales, llegase á esta conclusión muy sorprendente, es decir, que el elemento maternal es menos gravemente perjudicado por el cruzamiento que el elemento paternal. El ovario, así en el animal como en el vegetal híbrido,

(1) Acaso Moisés no poseía ya estos datos, en la speriencia muy modernos, cuando prohibía absolutamente á los hebreos sembrar jamás en un mismo campo dos semillas diferentes. Y para impedir la reproducción de dicho abuso llegó al extremo de ordenar la confiscación en provecho del templo de las cosechas mezcladas.

do, contiene, aunque más raramente, algunos óvulos en buen estado; mas en la planta las arterias encierran, en lugar de pólen propiamente dicho, algunas granulaciones irregulares, al paso que en el licor seminal del animal, del mulo por ejemplo, el microscopio no muestra animalaje alguno espermático. La ciencia registra algunos casos de fecundidad en la mula, más en parte alguna hállase una sola prueba de la aptitud del mulo para la reproducción.

Las objeciones ó afirmaciones de M. Broca son, pues, enteramente vanas y sin valor alguno, y la primera proposición, ó *la mayor* de los monogenistas es absolutamente verdadera. ¿Sucede acaso lo mismo respecto de la menor: *todos los cruzamientos* son eugenésicos (ó hállanse caracterizados por una reproducción constante é indefinida)? M. Maury, ya lo hemos visto, admite el hecho de que todas las razas cruzadas son más ó menos fecundas, y que, si algunas veces se ha observado en los cruzamientos de razas mulatas algunas uniones más habitualmente infecundas, no hay en ello nada que no sea idéntico á lo que pasa respecto de ciertas razas de animales, que no son por cierto más que meras variedades... ¿Por ventura M. Broca hubiera demostrado lo contrario? Oigámosle (página 559). «Después de haber establecido, dice, sino como cosa de todo punto cierta, al menos como cosa muy probable, que *ciertos* cruzamientos humanos son eugenésicos, hemos debido averiguar si *todos* los cruzamientos humanos se hallan en el mismo caso. Pues bien, de los documentos que hemos podido reunir, dedúcese que *ciertos* cruzamientos humanos *parecen* producir unos resultados notablemente inferiores á los que constituyen en los animales la *hibrididad eugenésica* (dos palabras incompatibles, y que, conforme hemos visto, se excluyen mutuamente). El conjunto de los hechos nos permite considerar como *muy probable* que ciertas razas humanas tomadas de dos en dos, son menos homogenésicas

que no lo son, por ejemplo, la especie del perro y la del lobo (cuyas especies, ya lo hemos probado, no lo son enteramente).»

Esas conclusiones no solo son notables, sino que también verdaderamente asombrosas: ellas ponen fuera de duda la tesis que nosotros defendemos. «*Paracen, muy probable,*» no es este ciertamente el lenguaje de la ciencia. Sobre todo en la escuela de la cual M. Broca forma parte, la ciencia no admite más que hechos y leyes. Y cuando dicho señor añade, página 650: «Si creemos del caso hacer algunas salvedades, si dejamos traslucir alguna duda respecto de esa conclusion, es por la imposibilidad que existe de admitir sin numerosas pruebas un hecho que demostraría, definitivamente y sin réplica alguna, la pluralidad de las especies humanas, de un hecho ante el cual todos los demás hechos quedarían desvanecidos, y que haría toda discusión ulterior supérflua, un hecho, finalmente, cuyas consecuencias políticas y sociales (no hay temor que diga *religiosas*; para él la religion no existe) fueran gravísimas.» Dicho señor declaróse, pues, vencido. La demostracion no está hecha evidentemente, dado que si lo estuviera, el dejar de manifestarlo fuera por parte suya una hipocresía ó una cobardía, ya que él ha hecho su profesion de fé solemne: «No hay creencia alguna por respetable que sea, ni interés alguno por legitimo que se le suponga (político, social ó religioso), dice, que no deba atemperarse á los progresos de los conocimientos humanos é inclinarse delante de la verdad, cuando la verdad se halla demostrada.»

M. Broca confiesase aun de tal manera desconcertado, que se apresura á volver á su primera proposicion ó mayor, que es la que él cree haber debilitado más con el auxilio de algunos hechos inexactos ó mal establecidos. «Cualquiera que fuere el resultado de las investigaciones ulteriores sobre la hibrididad humana (*léase mestizacion humana*), añade, hállase clara y debidamente averiguado, que algunos animales de especies diferentes pueden

engendrar mestizos eugenésicos, y que, por consiguiente, no pudiera sacarse de la fecundidad de los cruzamientos humanos los más heterogéneos un argumento fisiológico en favor de la unidad de la especie, aun cuando esta fecundidad fuera tan cierta como hoy es dudosa.» *Dicha fecundidad puede ser cierta; si no lo es, es por lo menos dudosa.* M. Broca es quien eso afirma.

Entretanto, el silogismo de los monogenistas permanece en pié. M. Broca está mucho más huido de lo que él mismo se figura; puesto que lo que solo él pone en duda es la fecundidad continua é indefinida de los cruzamientos humanos, y en consecuencia, la unidad de la especie humana. Pues bien, y preciso es no cansarse de repetirlo, la revelacion, que no se halla por lo tanto ni amenazada siquiera, no averigua, ni debe averiguar, si los cruzamientos ó las influencias del medio pudieron hacer variar bastante las razas para dar lugar á algunas especies, incapaces, por consiguiente, de reproducirse en algunos cruzamientos posteriores. Es verdaderamente sorprendente y doloroso el ver que los apologistas ó defensores del dogma cristiano hayan confundido ellos mismos la cuestion de la unidad del tronco con la cuestion enteramente distinta, sobre todo segun las doctrinas que tienden á prevalecer entre nuestros adversarios, de la unidad de la especie humana.

Bien que pudiéramos dispensarnos de ello, completaremos nuestra discusion haciendo un sucinto exámen de los pretendidos casos de no-fecundidad del cruzamiento de algunas razas humanas. M. Jacquinet y despues de él M. Nott han afirmado que, en Hobart-Town y en toda la Tasmania, hay muy pocos mestizos; la razon de ello es bien sencilla. Los colonos de la Tasmania eran criminales, la hez de la sociedad inglesa, que juraron el exterminio de los indigenas, les persiguieron como á fieras, y acabaron por hacerles desaparecer. ¿Qué mucho, pues, que hubiera tan pocas uniones entre dos pueblos cuyas cortas relaciones tuvieron un desenlace tan funesto? Sin

embargo, M. de Blosseville afirma que habla más mestizos en Tasmania que en Sidney, y que los últimos habitantes expulsados por los colonos ingleses eran mestizos de ingleses ó indígenas.

M. Jacquinet asegura igualmente, que, en las inmediaciones de Port-Jakson, apenas podían hallarse algunos mestizos de australianos y europeos. No obstante, el mismo dice luego con M. de Freycinet: «Ninguna alianza duradera establecióse entre ambos pueblos (ingleses y australianos), bien que se encuentren acá y acullá algunos mulatos.» La fecundidad existe por lo tanto..... Empero, entre ambas razas existía un ódio profundo, y la rareza de los mestizos no reconocía otra causa que el infanticidio; el padre mataba inhumanamente á todo hijo, cuyo color decisivo revelara un origen mixto. Estos hechos fueron atestiguados por varios viajeros, Gray, Cunningham y Mackensie; todos ellos afirman á la vez que, en otros puntos de la Australia, en las orillas del Murrumbidgee y del Murray, la poblacion mestiza es numerosa.

MM. Hombron y Jacquinet han atestiguado asimismo, segun se dice, la pretendida infecundidad del cruzamiento entre los europeos y los hotentotes. El caso sería muy mal escogido, puesto que Vaillant dice en términos formales: «Las hotentotas obtienen de sus maridos cuatro hijos á lo más; dichas mujeres triplican este número con los negros y más todavía con los blancos.» M. Hombron, que en Chile y el Perú ha observado durante cuatro años la mezcla de los blancos y de los negros con los aborígenes, dice terminantemente: «Las uniones de los blancos con las americanas me han ofrecido el término medio más elevado; despues venían el negro y la negra, y finalmente, el negro y la americana; la inferioridad de los americanos entre sí bajo el concepto de la reproducción, depende probablemente de su escaso vigor mútuo.»

Todos estos hechos son evidentemente incompatibles con toda idea de hibridacion. Es cierto, absolutamente

cierto, que no existen dos grupos humanos cuyo cruzamiento sea realmente infecundo. Es cierto, además, absolutamente cierto, que los descendientes de estas uniones son fecundos entre sí de una manera continua é indefinida.

Háse dicho, sin embargo, que en la Jamaica los mulatos son poco fecundos, ó que no lo son de ningún modo; que en nuestras colonias del Africa occidental el número de mulatos aumenta ó disminuye con el de los blancos; de suerte que la poblacion mestiza no se hallaría más que en los productos del primer cruzamiento, y que abandonada á sí misma, sólo tendría una duracion efímera, se extinguiría muy pronto. El doctor Ivan decía por su parte, que en Java, los mestizos de malacos y holandeses no eran fecundos más allá de la tercera generacion. Estas escepciones, dado que ellas existieran, pudieran ser un efecto del medio, puesto que es, por ejemplo, un hecho cierto que los mamelucos y los georgianos tampoco se reproducen en mayor proporcion con sus compatriotas, en la cuenca ó region baja del Nilo. Y es además un hecho patente que en algunas islas del golfo de Méjico, este mismo cruzamiento entre el negro y el blanco suministra una poblacion de mulatos que se conserva perfectamente á sí misma. «En la Guadalupe, dice M. Rutz de Lavison, hoy, como hace dos siglos, el mulato está bien desarrollado, es robusto, listo, más apto que el negro para los trabajos industriales y muy chistoso.» En el seno de la poblacion española de Santo-Domingo, hay, dice M. Andain, «un tercio de negros, dos tercios de mulatos y una proporcion insignificante de blancos. Pues bien, el número de mulatos no fuera tan grande ciertamente si no se engendraran unos á otros.» Un dia, sin advertirlo M. Nott que pretendia que las mulatas eran malas madres y peores nodrizas, vióse obligado á consignar los hechos siguientes: «En una plantacion perteneciente á uno de mis amigos (dice), 1.^a una tercerona unida á un mulato tuvo de este cuatro

hijos; 2.º un mulato y una negra tenían una familia de doce hijos, todos ellos muy sanos; 3.º una mulata y un negro tenían trece de ellos igualmente bien conformados.» Estas cifras atestiguan evidentemente la fecundidad notable de las mulatas. M. Nott reconocía que, si en la Carolina del Sud, la población es euclénque, en cambio en otros puntos de los Estados-Unidos véanse mulatos robustos, gozando de una larga vida, padres de numerosas generaciones mulatas fecundas en sus uniones con los mulatos, y además nodrizas excelentes.

Nadie podrá negar que existen en la actualidad algunos mestizos del cruzamiento de todas las razas humanas entre sí; mas algunos afirman que esa población mestiza no tardaría mucho tiempo en desaparecer, si dejara de ser conservada por el cruzamiento directo. Las estadísticas dan, sin embargo, un solemne mentís á tal asercion. La población del globo es de mil millones de habitantes en números redondos. Sobre este número cuéntanse 12,500,000 mestizos; un veinte y cuatro noveno del número total. La producción de dichos mestizos casi no principió hasta el descubrimiento de la América, en 1492. ¿Cómo no fueran ellos, pues, fecundos? En cinco Estados de la América, Méjico, Guatamala, la Colombia, el Río de la Plata y el Brasil, los mestizos figuran por una quinta parte de la población. Entre los Panustas, mestizos de indios que representaron un papel tan importante en la historia del Brasil, la población compuesta de 209,218 habitantes en 1808, ascendió á 572,000 en 1864. ¿Cómo unas razas que se multiplican con tanta rapidez, pudieran hallarse, pues, próximas á desaparecer de los lugares donde su multiplicación ha venido siendo hasta aquí tan rápida? En realidad, la fecundidad indefinida de los cruzamientos humanos se prueba, como Sócrates probaba el movimiento que había sido negado en su presencia: ella marcha.

Una última objecion. Observamos, decian Davis y

Turnham en los *Crania Britanica*, una confusión de sangre efectuada en una vasta escala; mas en vano buscamos lo que pudiera ser llamado una raza verdaderamente nueva. Empero, ¿por qué exigir una raza nueva, cuando, por una parte todas las combinaciones posibles de cruzamiento y de medios están ya agotadas, y por otra parte, requiérense acaso para formar una raza muchos centenares de años? Sin embargo, Prichard cita tres ejemplos de razas nuevas completamente constituidas: 1.º los *Papuas* de montruosa cabeza que resultan del cruzamiento de los malayos con los melanesios; 2.º los *Cafusos*, mestizos de negros africanos y de americanos indigenas; 3.º los *Gricas*, mestizos, nacidos de la union de holandeses y de hotentotes. Segun M. Quoy, los papuas son mestizos puros, oriundos acaso de dos tipos de negros, el uno pequeño y débil, y el otro robusto y de formas atléticas; sin embargo, no se conocen ni su origen ni su multiplicación. Los cafusos y los gricas son, por el contrario, de formación reciente y se han propagado en cierto modo á nuestra vista. Los cafusos son zambas, es decir, mestizos de negros de Africa y de americanos. Los gricas ó *Basters*, nacidos de la union entre holandeses y hotentotes despues de la colonización del Cabo, fueron arrojados de la colonia hácia fines del siglo pasado, y se establecieron mas allá del río Orange, llevando una vida de bandidos lemibles. En 1803, cierto número de ellos se convirtieron, fijaron su residencia en Klar-Water, tomaron el nombre de gricas, y fundaron Grica-Town. Más tarde, merced á una ruptura, una colonia de gricas fundó la ciudad de Philippolis, que pasó á ser el centro de una población floreciente, un tanto mezclada de indígenas y colonos. En 1859 dicha población ascendia á diez ó doce mil almas. Los basters fundaron una tercera colonia, la nueva Plathery, donde permanecieron. Los viajeros que han visitado la mencionada colonia, refieren que su población adulta no solo es numerosa, sino que vieron además gran número de niños jugueteando en torno de cada choza.

En 1789, nueve marineros ingleses se establecieron en un pequeño islote llamado Pitcairn, con seis polinesios, cada uno de ellos con sus propias mujeres. Cinco de los blancos fueron asesinados por los polinesios celosos, que mar tarde acabaron igualmente por matarse entre sí. En 1793, no quedaban más que cuatro blancos, diez polinesios y algunos niños. A principios de este siglo, no quedaba ya más que un blanco llamado Adam, que trató de regenerar á la poblacion. Consiguió su propósito tan felizmente, que el capitán Beechey, en 1825, encontré allí con una poblacion notable por sus caracteres físicos, intelectuales y morales. Todos ellos son mulatos con una ligera predominacion de sangre polinesia, que imprime su sello en la nariz, el color, etc. Desde 1790 á 1825, en treinta y seis años, la poblacion habíase duplicado á pesar de los asesinatos y las revueltas, habiendo ascendido de 30 á 65 individuos. En 1856, dicha poblacion contaba 189 miembros; 96 hombres y 93 mujeres. El islote de Pitcairn era ya demasiado pequeño para sustentarla, habiendo sido trasportada por el gobierno inglés á Norfolk.

Así, pues, los cruzamientos humanos entre las razas más lejanas, dan origen á nuevos grupos, que en algunas circunstancias favorables multiplícanse rápidamente de una manera indefinida ó continua; luego los hombres no son híbridos.

Para ser poligenista, preciso es olvidar por completo la distincion de raza y de especie y negar las acciones de los medios, es decir, que es menester dejar á un lado todas las nociones de fisiología aplicables á la cuestion.

Para ser poligenista moderado por el estilo de Agassiz, que no veía en la gran familia humana más que una sola especie, pero que admitía la posibilidad de centros múltiples de creacion, ó bien que dicha especie pudo nacer, sea á la vez, sea sucesivamente, en varios puntos del globo, preciso es cerrar los ojos ante los datos más ciertos de la geografía zoológica.

Para defender el poligenismo puro de Desmoulins, de Morton, etc., es decir, para admitir la multiplicidad de la especie humana, y negar á la vez la unidad de tronco y la unidad de centro de creacion, es menester ponerse en contradiccion con todos los hechos, con todas las leyes de la zoología propiamente dicha y de la fisiología.

Por lo mismo que no son híbridos nacidos del cruzamiento de especies realmente diferentes, y que los cruzamientos humanos son fecundos con una fecundidad continua é indefinida, los hombres son unos mestizos divididos en cierto número de razas, que conservan, por la herencia y por la accion de los medios, su tipo característico, y forman una especie única.

PRUEBAS DIRECTAS DE LA UNIDAD ESPECÍFICA DE LAS RAZAS HUMANAS.

Los caracteres esenciales de la especie humana son: 1.º un gran desarrollo del cerebro; 2.º la configuracion de las manos y la oposicion del pulgar y del índice, á la cual debe el nombre de bimanio; 3.º la cualidad de bípedo y la situacion vertical; 4.º el aparato vocal muy perfeccionado; 5.º la perfectibilidad indefinida. Pues bien, todos los hombres hállanse en posesion de estos caracteres esenciales, luego ellos forman una sola y misma especie.

Encuétrase en todos los hombres la misma estructura anatómica del cuerpo, la misma talla proporcional, la misma duracion proporcional de la vida, la misma disposicion á las mismas enfermedades, la misma temperatura media del cuerpo, la misma celeridad media de las pulsaciones del pulso, la misma duracion media de la gordura, y la misma periodicidad media de las reglas; pues bien, una tal conformidad, ó mejor dicho una tal identidad, no se encuentra de ningun modo en las diferentes especies ni aun en aquellas de un mismo género; luego todos los

hombres son variedades ó razas de una sola y misma especie.

Cabeza, tronco, miembros inferiores, miembros posteriores, órgano de los sentidos, órganos de la sensibilidad y del movimiento, órganos de la generación, funciones vitales internas y externas, todo es comun á todas las razas con algunas variantes muy secundarias, que no pueden en manera alguna ser consideradas como caracteres de especies.

Hemos establecido, con Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire, la perfecta legitimidad del método, que consiste en ilustrar el estudio de las razas humanas por el estudio de las razas domésticas, dado que unas y otras son producidas bajo la influencia de la misma causalidad. Bien es verdad que M. Jorge Pouchet dice (*De las razas humanas*, página 124): «En biología damos poca fe á las demostraciones por los semejantes. Cada animal, cada órgano y aun cada elemento anatómico tiene su vida propia, sus leyes particulares de nacimiento, de desarrollo, de nutrición, de reproducción.» Empero todo eso no significa más, sino que á dicho señor le convenia hacer tal salvedad para las necesidades de la causa del momento, puesto que en la página 60 hace esta declaración formal: «Considerando al hombre como un reino aparte, uno se halla por este mero hecho dispensado de aplicar á su estudio las mismas reglas que á la zoología, y más probando que el hombre figura en la série animal, hemos probado implícitamente que era preciso sujetarle á las mismas leyes. La ciencia no puede hacer uso de dos procedimientos distintos; ella debe seguir los mismos trámites respecto de unas mismas cosas para llegar á unos resultados comparables.» ¿Cómo pudiera M. Pouchet hablar de otro modo, cuando afirma que el orden de los bimanos es una pura creación de bufete que no existe en la naturaleza, que el hombre constituye una simple familia en el orden de los cuadrumanos, y que

siendo esencialmente frugívoro, debió como los monos, caminar primitivamente con cuatro patas? ¡qué exceso de irreverencia y de ceguera anti-humanitarias! ¡qué bestialidad al mismo tiempo! Los frutos no son yerbas; ellos son producidos por los arbustos ó por los árboles. Empero el odio de la verdad religiosa hace perder todo conocimiento y á menudo toda razón.

El método de comparación y de deducción del animal al hombre, una vez admitido, la cuestión de la unidad de la especie humana hállase definitivamente zanjada, puesto que las variaciones de las diversas especies humanas son incontestablemente del mismo orden que las variaciones de las razas domésticas animales. Esto se desprende hasta la evidencia del examen profundo verificado por un gran número de naturalistas, y en particular por M. de Quatrefages (*Lecciones de Antropología. Revista de los cursos científicos*, año 1869, pág. 625 y siguientes); nosotros no podemos hacer aquí otra cosa que enumerar los resultados generales.

Caracteres exteriores.—Talla, volumen, proporciones de los miembros. En el hombre, si se le compara con el perro, el carnero y el caballo, las variaciones lineales son dobles, y las variaciones de volumen de estos cinco veces mayores que en el primero: hé aquí las cifras verdaderas: perro, de 1 á 5; carnero, de 1 á 3; caballo, de 1 á 2 y más; hombre, hombres selváticos y patagones, de 1 á 1, 3. Nótase en los monos, en las proporciones de los miembros superiores á los miembros inferiores, algunas variaciones desde lo simple á lo doble; al paso que en el hombre, si los miembros superiores sufrierán una disminución de solos cinco centímetros, produciríase una verdadera monstruosidad. Aun admitiendo que ciertas razas humanas tengan una cola, lo cual no es cierto, el hombre permanecería sujeto á la ley fundamental. Las variaciones de dicha cola fueran muchas menos que en las especies animales, por ejemplo, el perro

y el carnero. El hombre, por otra parte, en estado de embrión, posee una cola tan larga como la del perro en la misma época.

Piel. Por lo general, la piel es aplicada sobre el cuerpo, al cual ella aísla del mundo exterior y protege contra las influencias de medio. Algunas veces, sin embargo, la piel osténtase en unos repliegues ó arrugas más ó menos pronunciadas, prolongándose en papadas como en ciertas razas de bueyes ó de cabras. En el hombre nada de parecido se observa: la escroscencia ó deformidad (llamada vulgarmente delantal) que se nota en las mujeres hotentotas y en los boschimens, y que desciende desde el abdómen hasta el muslo, no es más que un accidente que puede hallarse, cuando menos en el estado rudimentario, en las razas más opuestas. La prolongación de la piel palmar por entre los dedos de las manos, que se observa en cierta raza negra, puede notársela igualmente en muchas manos de blancos. Dicha prolongación de piel, vésela en la pata del perro de Terranova, que no siempre la ha presentado, y que es en todo caso una raza reciente, formada bajo la influencia de la acción del hombre.

La composición íntima de la piel es por lo demás tan esencialmente la misma en todas las razas humanas, que M. Flourens no ha reparado en deducir del exámen más concienzudo esta consecuencia perentoria: «Cuando comparamos á la ligera y sin intermediario alguno la piel del hombre blanco á la del hombre negro ó á la del hombre rojo, nos sentimos inclinados á suponer para cada una de dichas razas un origen distinto; mas si pasamos del hombre blanco al hombre negro ó al hombre rojo por medio del kábila, del árabe y del moro, y nuestra atención se fija sobre todo en las partes coloridas de la piel en el hombre de la raza blanca, no es ya la diferencia lo que nos pasma, sino la analogía... La anatomía comparada de la piel nos suministra, por la analogía profunda y grabada

en todas partes de la estructura de dicho órgano, la prueba directa del origen común de las razas humanas y de su unidad primera.» M. Gubler ha observado y demostrado, en plena cátedra de anatomía, sobre el envoltorio cutáneo del cerebro de un blanco, la coloración negra que se suponía característica del cerebro del negro.

El hombre bajo el punto de vista de la piel, ofrece cuatro tipos fundamentales: blanco, amarillo, rojo y negro. Ciertas especies animales, la gallina por ejemplo, ofrecen los mismos matices. Entre los caballos, existen además algunos blancos de piel negra y otros negros de piel blanca. Las variaciones de color de una á otra raza hállanse tanto ó más marcadas si cabe en los animales que en el hombre, y sin embargo la piel del hombre vése desnuda, al menos respecto del rostro, en casi todos los hombres y expuesta á todas las influencias atmosféricas, sobre todo á la acción de los rayos actínicos de la luz, que la fotografía ha hecho tan manifiesta. Además, los colores rojo ó negro no son exclusivos de ciertas grandes razas bien definidas: nóntase también en algunos individuos cuyo tipo es evidentemente caucásico, semítico, árabe ó judío. Los turcos que fueron enviados por Selim á la Nubia, despues de la conquista del Egipto, han permanecido caucasianos, y no obstante ellos son negros como los negros. Precisamente la existencia en el África de negros caucasianos, que fueran blancos, si fuera posible blanquear su capa cutánea, fué lo que indujo al más acérrimo de los poligenistas, M. Bory de Saint-Vincent, á adherirse en su distinción de las razas y de las nuevas divisiones humanas, á la narración contenida en el capítulo décimo del Génesis.

Puesto que, dice M. Prener-Bey, todas las razas sin excepción alguna, tienen, según M. Flourens, para producir la coloración, el mismo órgano compuesto de los mismos elementos, es decir una celdilla que destila más ó menos materia colorante, no debe extrañarnos que ciertas influencias puedan exaltar, aminorar ó modificar las fun-

ciones de dicho órgano que es común á todos. Háse visto nacer de blancos algunos niños enteramente negros, como se han visto y se ven algunos albinos hasta entre los cafres.

Vellosidades. Bien se considere las vellosidades bajo el punto de vista de su cantidad, de su desenvolvimiento, de su coloracion y de su estructura interna, hállanse siempre y en todas partes en las razas animales, y esto tanto más cuanto más exactas fueren las investigaciones, algunos ejemplos de variaciones mucho más importantes que en el hombre. M. Trémaux ha hecho notar á la Academia de ciencias, respecto de dos tribus vecinas y de la misma raza, ese contraste verdaderamente extraordinario: en la una, más civilizada, el hombre tiene el cabello liso y el carnero lana; en la otra, más bárbara, el hombre tiene el cabello lanoso y el carnero es peludo. (*Informes*, volumen XXX, pág 391). Isidoro Geoffroy Saint-Hilaire ha consignado el mismo hecho muy sorprendente, esto es, que la piel del carnero tiene tanto menos pelo y tanta más lana, en cuanto el pueblo en el cual se le encuentra hállase más cerca de la civilizacion.

Caractéres anatómicos.—Vértebras. La variacion del número de vértebras no es jamás en el hombre más que un hecho individual, ó por lo menos muy limitado, que nunca ha caracterizado una raza. Aun prescindiendo de la cola, en la que la variacion respecto del animal puede llegar de 1 á 10, y comparando una región con otra por una diferencia de 1 en el hombre, hállase una desviacion ó diferencia de 2 en el animal: los límites son, pues, dos veces más estensos respecto de este último.

Cabeza y rostro.—Blumenbach atestiguaba ya que, entre una cabeza de jaball y una cabeza de cerdo, la diferencia es mucho más considerable que entre una cabeza de blanco y una cabeza de negro; lo mismo sucede con

relacion á las cabras, los carneros y aun los bueyes. En la América del Sud existe una raza bovina llamada *niata* ó *gnata*, buey chato que realiza con alguna exageracion el tipo perro-dogo. La existencia de dicha raza ó tipo, relativamente muy reciente, cuya escesiva tendencia á multiplicarse obligó á que se le hiciera una guerra á muerte, ha sido solemnemente reconocida por M. Andrés Sanson, quien, sin embargo, confundiendo la nocion de raza con la nocion de especie, manifestaba, contra la opinion de todos y á pesar de todos, la imposibilidad de una raza nueva ó de un tipo nuevo. Dicho buey distínguese por la pequenez escesiva del rostro, ó de los huesos propios de la nariz, por la falta de cuernos, por la notable protuberancia del cerriguillo, por la grande amplitud de la frente y la línea nasal reentrante.

Tampoco se notan jamás en el rostro humano las diferencias de perfil ó lineamientos que se observan en ciertas razas domésticas de animales ó de palomos.

Cráneo y cerebro.—Basta cotejar dos cráneos de negro y de blanco los mejor caracterizados, con algunos cráneos de los tipos opuestos: de gallina, gallina del campo y gallina con moña ó penacho; de perro lebrél y perro dogo; de buey, de raza bretona y gnata, para convencerse desde luego de que los límites de las variaciones son mucho más estensos en dichas tres especies que en el hombre. En todas las razas humanas cualquiera que sea el osario que se examine, hállanse las cuatro formas principales del cráneo humano: redondo ó braquicéfalo, largo ó dolicocefalo, mediano, ni largo, ni redondo, ó mesaticéfalo, y aun algunos microcefalos. Existe además en el hombre una tendencia estraña á modificar el cráneo por una accion mecánica ú otra cualquiera para crear: tan pronto ofrece una cabeza puntiaguada, una frente elevada y poco marcada; tan pronto una cabeza plana y ancha, una frente deprimida, etc., etc. Si se considera el área ó superficie del cráneo, las diferencias respecto del hombre no esce-

den de 0,04; tocante al perro dichas diferencias son incomparablemente mayores. Si se examina la capacidad del cráneo, la diferencia en el hombre es 0,09 solamente; y aun esta diferencia es mayor de un individuo á otro que de una raza á otra, al paso que la diferencia de volúmen entre el cráneo del perro dogo y el del perro de aguas es cinco veces mayor. Por último, si se trata del peso del cerebro, échase de ver que la diferencia entre el máximum y el mínimum extremo, no escude de 0,242. La relacion entre el peso del cerebro del boschimen y el del anglo-sajon es de 0,822. Respecto de los extremos de la mayor parte de las razas animales, el caballo, el perro, etc., dicha diferencia ó relacion son espresadas por unas cantidades incomparablemente mayores. Además, en la serie de los cráneos, clasificados por orden de volúmen, los cafes y los indigenas americanos vienen inmediatamente despues de los ingleses, y los alemanes solo despues de los esquimales; en el último rango figuran los indus, raza blanca, que tanta prueba ha dado de su valor relativo y absoluto. Dicho colejo es muy á propósito para hacer palpable la insignificancia del volúmen del cerebro, considerada como medida del desarrollo intelectual de las diversas razas.

Caractères fisiológicos.—Fuerza muscular. La fuerza de los brazos varia desde 50 kilogramos respecto del tasmaniano á 7 l. 1 respecto de los ingleses; y la fuerza de los riñones, desde 10 miriágramos á 16,3. Sometidas á unos experimentos análogos las razas animales, aun teniendo en cuenta algunas variaciones de talla, arrojan ciertamente diferencias mayores sin comparacion alguna.

Generacion. La mujer es fecunda en todas partes, y fecunda en toda estacion. La fecundidad media es sensiblemente la misma; jamás ofrece esas diferencias enormes y constantes de 2 á 6 que se nota entre las razas del carnero Mauchamp, por ejemplo, y del carnero chino.

Caractères psicológicos.—Instinto é inteligencia. El hombre por su influencia trasforma y á veces hace variar por completo los instintos de los animales: el jabali es un animal nocturno, y el cerdo un animal diurno; el perro salvaje caza corriendo. El hombre ha creado algunas razas de perros que paran naturalmente. El animal salvaje no se junta más que una ó dos veces al año; el animal doméstico, lo mismo que el hombre, se junta incesantemente. Obsérvase en todos los hombres, bajo algunas formas simplemente variadas, las mismas tendencias ó aptitudes individuales y sociales, al menos en el estado rudimentario ó latente; por ejemplo, la inteligencia, el discernimiento de lo justo y de lo injusto, el instinto de la propiedad, los sentimientos de fraternidad, la palabra y la escritura, la idea de la Divinidad, etc. Un cambio de medio, de relaciones y de educacion, basta para desenvolver dichas tendencias plenamente.

M. Pouchet tiene la osadía de renovar el reto lanzado en estos términos por un americano esclavista acérrimo, M. Gliddon: *Cíteseme pues una línea siquiera escrita por un negro, y digna de memoria* (1). ¿Cómo concebir tanta audacia en presencia de esta declaracion solemne de M. Fleurens (*Blogio de Blumenbach*): «La inteligencia humana es acaso una? A pesar de sus infortunios, la raza de Africa ha tenido algunos héroes en todo género. M. Blumenbach cuenta entre ella hombres los más humani-

(1) Yo no sé en verdad lo que debe estrañarnos y espantarnos más, si la mala fe ó la osadía de nuestros adversarios. Despues de haber dicho respecto de los esquimales: «no son imbéciles, hé aquí todo; no puede decirse de ellos: maliciosos como los monos,» M. Pouchet cita en otro lugar este testimonio de sir John Ross: «Los esquimales Immut son casi todos ellos geógrafos, buenos geógrafos. Siempre que se ponía en sus manos un lápiz y papel, cuyo uso ignoraban ciertamente, dibujaban con exactitud las bahías, los rios, las islas y los lagos de su país, así como los sitios preciosos donde habian acampado en sus emigraciones ó correrías anteriores. Jamás mono alguno, por malicioso ó sagaz que sea, podrá hacer otro tanto.»

tarios y valientes, escritores, sabios y poetas. «Había, dice, una biblioteca compuesta enteramente de libros escritos por negros.» Los americanos deberían ser en esta parte más modestos y menos negrófobos; deberían comprender que el profundo desprecio en que han tenido en todo tiempo á la raza negra, basta por sí sólo para explicar su inferioridad relativa. Que ellos consientan en emanciparla por completo y encontrarán en ella verdaderos hombres de Estado.

Las Hermanas francesas de la Caridad tuvieron la feliz idea de comprar á las jovencitas negras espuestas en los mercados de Túnez, del Cairo y de Alejandría, á fin de arrebatarlas á la servidumbre y harto á menudo á la muerte. Dichas Hermanas han creado de esta suerte varios establecimientos, que irán multiplicándose sin cesar; así lo confiamos. Allí, las manumitidas niñas se han mostrado siempre muy dóciles é inteligentes. Algunos años de una educación cristiana y muy simple bastan para infundir profundamente en sus almas infantiles el amor de Dios, el reconocimiento y la aplicación al trabajo. Monseñor de Chalons, que tuvo en sus manos la correspondencia de un hombre de bien con esas jóvenes negras, compradas por treinta ó cuarenta francos, afirma que están llenas de la gratitud más tierna...

¿Podrá creerse? Como una prueba de la pluralidad de razas, M. Pouchet invoca el testimonio de algunos misioneros, rarísimos por cierto, que encontraron algunas hordas aisladas sin idea alguna del Sér divino! Así, pues, dicho señor y sus numerosos amigos, que impugnan á todo trance, no sólo la creación y el milagro, sino aun toda causalidad y finalidad cualesquiera, porque ella fuera una especie de prevision divina, y que toda manifestación de la existencia de un Dios colocaría al mundo bajo una tutela indigna de él, deben de pertenecer sin duda alguna á otra raza.

En el momento en que estoy escribiendo, uno de los colegas de dicho señor, en la ciencia y el periodismo, que

hizo, en la Facultad de medicina de París, los mismos estudios que él, y que como él se ha declarado enemigo personal de Dios, M. A. Regnard, manifiesta con mucha altanería y encono, que la idea revolucionaria cuyo triunfo desea asegurar, forma cuerpo con la *idea filosófica del ateísmo*, designando á todos los ministros de la religión católica como una pandilla, que es preciso hacer desaparecer con sus establecimientos, sus personas y cosas. (Periódico *La patria en peligro* de M. Blanqui, Septiembre de 1870).

Esos hombres ultra-civilizados, esos pretendidos corifeos de la ciencia, han perdido voluntariamente toda noción de la divinidad; y porque dicha noción en ciertos pueblos salvajes hállase sumida en el estado latente, no quieren que esos salvajes sean hombres como nosotros. Haciéndolos estraños á nuestra especie humana; aun se osarán hacer contra nosotros ciencia de sentimiento: «¿Que es más razonable, dice M. Pouchet, más digno y consolador, el no ver en torno nuestro más que unos hermanos desheredados, degradados y degenerados, que pueblan las nueve décimas partes del globo, ó considerar todas esas existencias como formando varias especies diferentes, caminando también hacia sus destinos?... La razón no es ofendida, ni pudiera serlo al ver ciertas criaturas poseyendo, con la esclusión de otras, tales ó cuales facultades... En esa bella raza de la América del Norte, veríamos entonces, no unas multitudes de maniacos y locos arrastrados á dicho estado por la miseria y la maldición de Dios, sino unos hombres favorecidos de otra suerte que nosotros, más en relación con la naturaleza que ellos animan, teniendo sin duda sus imperfecciones, como nosotros tenemos las nuestras; más ofreciendo igualmente el ejemplo de cualidades eminentes: constancia, valor á toda prueba, una paciencia sin límites, y ante todo el amor inquebrantable de su libertad. Los blancos y los negros saben ser esclavos; el americano no ha servido nunca á dueño al-

guno.» (*Pluralidad de las razas humanas*, pág. 107).

Dicha teoría es ingeniosa sin duda; mas ella no estringa en base alguna sólida. Y desde luego la degeneración de una especie ó de una raza, es un hecho que no depende de las especulaciones ni de los caprichos humanos. Preciso es cerrar los ojos á la evidencia para dejar de reconocer que la tierra entera está poblada por algunas agrupaciones humanas, realmente degradadas, que salieron de un centro de civilización para volver á la barbarie. M. Pouchet admite implícitamente que esas diferentes especies humanas son autóctonas, en la acepción rigurosa de la palabra; que apartecieron allí donde se las encuentra. Pues bien, todas las investigaciones de los viajeros é historiadores no han logrado aun atestiguar la existencia de un solo pueblo autóctono. Conforme afirmamos anteriormente, la tierra entera ha sido poblada por medio de la dispersión; por varias emigraciones sucesivas de un primero y único centro de creación. Además, y forzoso será que M. Pouchet convenga en ello, si los hombres no forman una sola especie, no tendrán tampoco los mismos orígenes, no descenderán de un solo y mismo padre común, no serán ya hermanos, y en este caso todas las eminencias de la humanidad y del saber se alimentarán de ilusiones al invocar los grandes principios de la fraternidad universal de las naciones, de los pueblos y de los individuos. Desde el momento en que quedara establecido que los negros y los indios no son hombres como nosotros, *sino unas entidades especiales que caminan hacia un fin, que es el suyo y no el nuestro* (pág. 133), el anglo-americano se hallaría en su pleno derecho, esclavizando al negro, haciendo de él una bestia de carga, y esterminando á los pieles-rojas, dado que osaran resistirse á la invasión de su territorio.

¡Cuánto más elevadas y consoladoras no son las doctrinas monogenistas de la revelación cristiana! Nuestros

hermanos, nuestros pobres hermanos de las razas amarilla, parda, negra y roja, tienen todos á Dios por Criador y á Adán por padre; todos ellos tienen el mismo origen y el mismo fin último que nosotros; todos ellos están llamados al cielo y á la eterna bienaventuranza. Son unos seres caídos, es cierto, pero nuestros mayores lo eran igualmente, y la bondad divina que les ha invitado á la civilización y á la fé, ofrece asimismo la civilización y la fé á los pueblos más abandonados. Jesucristo hermano suyo, que murió para redimirles, ordena á los apóstoles que vayan á iluminarles, á bautizarles, á enseñarles la observancia de sus leyes santas. A la dispersión de los hijos de Noé, ha sucedido la dispersión de los heraldos del Evangelio: y el fin del mundo no llegará antes que el nombre de Jesús no haya sido llevado á todos los confines de la tierra y conocido de todas las naciones.

La degradación de los individuos y de los pueblos es ¡ay! una ley fatal de la humanidad, una consecuencia de la libertad, patrimonio necesario del ser racional. Empero un origen común, una naturaleza común con varios atributos comunes, encubiertos ó latentes acaso, mas siempre prontos á despertarse, y un destino común, son unos hechos divinos que tienden nada menos que á hacer de todos los hombres unos hijos ó criaturas de Dios y dioses. *Ego dixi: dii estis!*

«Ah! si la antropología, tan pagada de sí propia, bien que no haya hecho todavía más que destruir y trastornar, comprendiera su verdadera misión; si en alguna region enteramente salubre, en el seno de alguna ciudad bien situada y favorecida por el clima, instalara una grande escuela espermental, donde reuniera, para hacerles alimentar y educar por algunas madres escogidas, cierto número de niños de ambos sexos de buena conformación, tomados en el seno de las razas en la apariencia más decaídas, conseguiría desde la primera generacion hacer brillar á la luz del día la identidad esencial de todos los